

EL VIAJE EN ASCENSOR

Manuel se levantó una mañana para ir al colegio. Se vistió, desayunó, se lavó y se preparó para salir.

Después se despidió de su familia.

- ¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá! -

Y se dispuso a bajar por el ascensor. Cuando llegó a la planta baja abrió la puerta y fue a salir, pero tropezó con un brezo y se cayó.

Cuando se levantó vio que estaba en una selva.

- Pero, ¿qué es esto? ¡Si parece una selva! -

En efecto era una selva. Manuel, que era bastante valiente para tener solo 13 años, dijo:

- Saldré a explorar. Esto me parece muy raro. Es la selva más espesa que he visto en mi vida. ¿Por qué habré aparecido aquí? -

Fue a explorar como se propuso. Estuvo andando durante mucho rato, con cuidado de no caerse con los brezos como al principio.

De repente escuchó un rugido parecido al de un tigre, pero muchísimo más fuerte.

Estaba super asustado y corrió en dirección contraria a la que había escuchado el rugido.

Pero el autor del rugido se dispuso a seguirle todo lo rápido que pudo.

Manuel estaba corriendo y entonces vio una pequeña cueva, Manuel no se lo pensó ni un segundo corrió hacia allí y se escondió dentro.

Vio pasar al animal y vio que no era ni el tigre más grande ni el león más feroz. Era un gigante tiranosaurio-rex.

Menos mal que se había escondido en aquella cueva que había visto. Si no el tiranosaurio-rex se lo habría comido.

A los 5 minutos le entró hambre y salió de la cueva.

- ¡Guau! Ha sido muy excitante. Saldré para comer. -

Estuvo andando durante mucho rato y no encontró nada de nada.

- ¡Buf! No hay nada para comer por aquí. -

Al final encontró unas moras. Fue corriendo hacia allí, ya que tenía mucha hambre, y se las comió muy a gusto.

Pero no vio que se le estaba acercando un triceratops por detrás. Resulta que esas moras tan ricas se las pensaba comer él.

- ¡Aaaaaaaaah! -gritó Manuel.

- ¡Grrrrrrr! -rugió el triceratops.

Entonces soltó las moras que le quedaban y el triceratops se fue corriendo a comerse las moras.

- Si solo quería las moras el pobrecillo. - dijo Manuel.

El dinosaurio se acercó a él y se puso a lamerle la mano y entonces Manuel le acarició el lomo. Así es como se trabó una pequeña amistad entre Manuel y un cachorro de triceratops.

Empezó a oscurecer y Manuel tenía que buscarse un refugio para dormir y estar escondido de los peligrosos dinosaurios. Entonces se acordó de la cueva que había visto al principio y se puso en camino hacia ella. Caminó unos pocos pasos que le sonaron un poco fuertes para ser suyos, y entonces descubrió que el pequeño triceratops le estaba siguiendo. A Manuel no le importó ya que no le venía mal un compañero tan amigable que le pudiera proteger en caso de necesidad.

Encontraron la cueva y se aposentaron allí. Manuel estaba muerto de cansancio y se durmió al instante, pero el pequeño triceratops se quedó despierto un rato más hasta que finalmente se durmió.

A mitad de la noche Manuel escuchó unos ruidos. Se despertó y se levantó corriendo para ver lo que pasaba. Era el triceratops que estaba haciendo ruidos a una luz cegadora al final de la cueva.

Manuel le tranquilizó un poco y fue a ver lo que pasaba y, como no, el triceratops se dispuso a seguirle.

Cuando llegaron allí, como no veían nada se fueron adentrando y...

¡PUF! Aparecieron en casa de Manuel. Manuel se preguntó si triceratops había vuelto con él. Entonces vio en el suelo de su habitación un peluche con forma de triceratops. Manuel sabía que era su amigo, al que más tarde llamaría Tricuerno.

Cuando volvió se fue corriendo a darle un abrazo a su madre tan fuerte que casi le ahoga. Y es que Manuel había pasado mucho miedo en su aventura.

Al fin la soltó y su madre le dijo:

- ¿Qué tal ha ido el colegio, hijo mío? -

Manuel se quedó desconcertado ya que no había ido al colegio, pero aun así contestó:

- ¡Muy bien! Gracias, mamá. -

FIN